

Parte 2
En primera persona:
ser (en) nuestro cuerpo



Habitar la palabra

Natalia Simoncini

Cuánto trabajo para una mujer saber quedarse sola y envejecer.

Gloria Martín

Hay un punto mudo en la palabra. Late en su penumbra bien visible entre una pretendida libertad y un desconocimiento. Acaso de allí no se salga sino hablando para producir otro silencio. Uno que cante, pinte, escriba. Uno que nos toque y despierte en lo que se revela como un golpe fuera de decir y callar.

Natalia Sordi

Soy esta mujer que canta. Mi voz canta, y al cantar soy canto de otras voces y vocera de múltiples palabras, de estos y otros tiempos

En la música habilito un nuevo registro de aquellas voces que, si bien se escribieron y luego se leyeron, quedaron quietas, algunas más que otras, en ciertos círculos y espacios no tan transita-

dos ni oídos. Historias en forma de verso y en forma de prosa que dan cuenta de otros tiempos, de otras mujeres, de otros circuitos, de ciertos privilegios, de específicos espacios de formación y pertenencia.

Siguiendo una línea imaginaria en el tiempo, podemos pensar que no siempre la voz de las mujeres fue escuchada, ni por ellas mismas. No era común para las mujeres acceder a la educación ni a la ciencia, ni a la política, ni a las artes. Las mujeres poetas que he elegido y cuyos poemas hasta ahora he musicalizado representan para mí esos primeros decires, esas primeras palabras que tímidamente comenzaron a decir otras cosas. Y aunque ellas emergieron de espacios o posiciones privilegiadas alejadas de lo popular (por describirlo de alguna manera), como colectivo no son la excepción entre las vulnerabilidades propias del género.

Con respecto a mí, no sé si es el arte lo que yo elijo o si el arte me elige. La música no se separa de mi modo de ser en la vida. Confluyen palabras, poesía, melodías, paisajes, historias, experiencias en toda mi humanidad. Entiendo, problematizo y me interpelo. No sería posible pensarme como mujer en el arte fuera de mi contexto, de mi historia, de mi identidad, de mi percepción del mundo, de mis afectos, de mis fragilidades.

Imagino el sonido de las obras de arte al llegar a ellas. Si son pinturas, como las de una de las mujeres pioneras que trascendieron en las artes plásticas, Frida Kahlo, siento cómo su vida estuvo marcada por la paradoja y la tragedia. En el caso de la literatura, al leer, investigar y musicalizar a mujeres escritoras inmersas en culturas tan diversas entre sí se fue fundando casi un mismo canto que se asemeja en orillas y costados. Así sucedió con Silvina Ocampo, quien residió en Villa Ocampo junto a su hermana Victoria y Adolfo Bioy Casares, en aquella ciudad atlántica del sur de Argentina, en el Mar del Plata. Allí recibían a otros escritores, a artistas e intelectuales de la época. La poesía de Silvina, así como la de otras autoras, parecen para mí tener un mensaje encriptado. En su poema “Las huellas” encontré una historia de amor y amistad entre Silvina y Gabriela Mistral. Es decir, ese poema tendría por destinataria a la poeta chilena, con quien mantuvo un vínculo epistolar durante veinte años, aunque en tan sólo dos ocasiones pudieron reunirse, frente a las costas del mar argentino. Y esto digo en mi canción:

Huellas

A orilla de las aguas,
en la luz del suelo unidas
como si juntas caminaran
parecería que se amaran.¹

En el caso de la escritora mexicana Rosario Castellanos, elegí componer una canción inspirada en su vida de soledad. En ella, pareciera interpelar al miedo, a la incertidumbre, a la memoria, como expresa Rosario en muchos de sus versos. El eje de su obra, que abarca todos los géneros literarios, incluyó también la defensa de los derechos de la mujer, lo que la convirtió en un símbolo del feminismo en Latinoamérica. La mía es una canción de cuna para la poeta:

Soledad

Es grande el mundo,
del tamaño del miedo
Es largo el tiempo,
largo como el olvido.²

Uno de los más recientes poemas que he escogido para musicalizar es “No quisiera que lloviera”, de la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi, exiliada hace más de cuarenta años en Barcelona, España. Ella conjuga el desamor, el desarraigo y la desesperación, y yo tomo algunos de sus versos:

No quisiera que lloviera

No quisiera que lloviera
en esta ciudad sin ti
no quisiera que lloviera

1 Véase en <https://www.youtube.com/watch?v=QAIp2H9mVeo>.

2 Véase en https://www.youtube.com/watch?v=mL_0i7UYH6o.

La literatura me mató
y te le parecías tanto.³

Hasta el momento he elegido un puñado de poemas y sigo trabajando en una lista considerable. Algunos están firmados con pseudónimos masculinos para, como bien sabemos, poder existir o hacerse visibles. Muchas de mis escritoras son francesas e inglesas. Las que he elegido pertenecen a un periodo de la historia de la literatura que va de 1840 a 1960.⁴ Las primeras razones, los motivos, las causas por las cuales las elijo son que hacen despertar en mí imágenes, y luego, sonidos. Y así se van sucediendo en inmensas posibilidades de orquestar y conformar una nueva forma de decir lo dicho por ellas, como suele pasar cuando leemos y nos identificamos e imaginamos protagonistas.

Mi manera de leer implica melodías y armonías. Esos versos han ido floreciendo en mí como palabras acomodadas musicalmente. Y entonces realizo una síntesis entre mi subjetividad y la de las poetisas. Intento acortar la distancia y empatizar desde esta que soy con aquellas que fueron. Intento que esas palabras que leo me transporten a sus espacios y afectos y contextos. Intento ser parte de sus historias. Como ya he dicho, para mí las palabras tienen música, aunque tantas se me escapan, se me escurren, pero eso me pasa con las mías. Y en ese punto se mezclan lo propio y lo externo, confluyendo lo que en mí habita y habitando lo de ellas. Y me permito habitar lo que recibo, con sonidos, y en mi canto entonces vuelven a ser vigentes palabras anteriores, antiguos sentires, dolores y cantares. Las orillas se asemejan en vivencias y paisajes de afectos, en opresiones, renunciaciones y silencios, aunque los momentos y las regiones sean lejanas. Llegan nuevos tiempos, con otros colores. Nuevas mareas que bañan muchas más realidades que pequeñas islas.

Hoy más mujeres hemos tomado la palabra. Se escucha, se escribe, se denuncia, se grita y se canta. Hemos ido abriendo otras compuertas, otras libertades, otras decisiones. Se dice, se explicita. Los cuerpos se hablan, se mueven. No se calla igual, no se canta igual. Dos ejemplos extraordinarios son *Las Tesis*, en Chile, con *Un violador en tu camino*, y *Vivir Quintana*, en México, con *La canción sin miedo*. Son ellas y son cientos, miles de mujeres que alzan sus voces y construyen un nuevo modo de decir.

3 Véase en <https://www.youtube.com/watch?v=2dqzRoZFS>.

4 Déborah Daich y Diana Helena Maffia, integrantes de la Colectiva de Antropólogas Feministas (CAF), del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires.

Cantamos sin miedo, pedimos justicia,
gritamos por cada desaparecida.
Que resuene fuerte “¡Nos queremos vivas!”
¡Que caiga con fuerza el feminicida!
[...]

Soy Claudia, soy Esther y soy Teresa,
soy Ingrid, soy Fabiola y soy Valeria,
soy la niña que subiste por la fuerza,
soy la madre que ahora llora por sus muertas
y soy esta que te hará pagar las cuentas.⁵

Son, serán nuevos los desafíos. Sin embargo, no todo está dicho, ni visto ni oído. Estos tiempos de muchas más palabras dejan poco margen para el otro, otra, otre. Poco margen para la imaginación, para la angustia, para la espera, para la metáfora, para el resto. Y así vemos recrudecidas las formas de violencia en un contexto de mayor abundamiento de leyes de protección en los territorios.

Que hoy sea más fácil decir, convocadas a unirnos en gritos semejantes, no implica necesariamente que las transformaciones se hayan alcanzado en el nivel estructural de la sociedad. Los escenarios de desigualdad y opresión se visten con otros colores y otras telas, pero permanecen todavía. Tal como explica la antropóloga argentina Rita Laura Segato en su libro *La guerra contra las mujeres*, durante la reciente década esa beligerancia ha implicado tres ámbitos principales: patriarcado, Estado moderno y violencia.⁶ Recorre años de investigaciones e interpretaciones de las realidades pasadas hasta las contemporáneas, como la violencia extrema contra cuerpos feminizados cuando hay situaciones de conflicto armado, señalando la raigambre patriarcal de actos que no son sino demostraciones públicas de dominio y de poder masculinos.

Los movimientos feministas transversales en tiempos y espacios han ido generando otros sentimientos de comunidad, de sororidad. Los colectivos que encarnan luchas y revoluciones levantan banderas en las cuales se esbozan nuevas voces que, como otrora hicieron las poetas, nombran necesidades ur-

5 Vivir Quintana, *La canción sin miedo*, con El Palomar, video de YouTube, publicado el 07 de marzo de 2020, en <https://www.youtube.com/watch?v=VLLyzqkH6cs> (Consultado el 24 de julio de 2023).

6 Rita Laura Segato, *La guerra contra las mujeres* (Madrid: Traficantes de sueños, 2016).

gentes. Tenemos poetas, actrices, músicas y cantoras; también artistas populares, movimientos culturales, organizaciones barriales y de mujeres que tienen discurso propio y a las que habitan otras palabras. No podemos más que unirnos todas en un solo grito, en una voz común: una marea del feminismo que actualmente crece, avanza y baña de sororidad historias silenciadas, décadas y siglos de opresión e inequidad. Por supuesto que eso implica otros riesgos, otras rupturas, otras formas de arte, otras maneras de construir, otros desafíos. Como mujer, como docente y como artista me atañe, me incluye, me convoca.

Hoy las calles son tomadas por una gran ola de mujeres, la gran marea verde, que sobre todo en Argentina tiene corrientes y contracorrientes. Pluralidad de feminismos se hacen escuchar, pisan veredas, ponen sus cuerpos y portan un pañuelo verde como icono y bandera para denunciar y reclamar por sus derechos. Entre ellas me mezclo y canto versos a su lado, compartiendo espacio y tiempo. Habilitamos juntas la palabra *libertad*, de otra manera.

Y aquí me detengo un poco para declarar, haciendo hincapié, que hay una grieta muy grande respecto de aquellas mujeres que han sido dejadas caer del tejido social y respecto de otras vulnerabilidades a las que se les suma la de género: la pobreza y la feminización de la pobreza, las mujeres a cargo de hogares, las mujeres que tienen discapacidades, las mujeres que están en penales, las mujeres en situaciones de encierro y en hogares de protección, las mujeres en cualquier espacio bajo condiciones perversas y de lógica patriarcal que reproducen y magnifican la inequidad y la injusticia.

Marcela Lagarde y de los Ríos, antropóloga feminista mexicana, en su libro *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* define políticamente a las mujeres en la relación específica con el poder, que se caracteriza por la privación de la libertad, por la opresión: “Las mujeres están cautivas porque han sido privadas de autonomía vital, de independencia para vivir, del gobierno sobre sí mismas, de la posibilidad de escoger y de la capacidad de decidir sobre los hechos fundamentales de sus vidas y del mundo”.⁷ Así, en el caso de los penales, muchas mujeres se encuentran presas por delitos menores pero obligadas a cumplir condenas desproporcionadas, con castigos que rayan en crueldad y tiempos absurdamente prolongados dictados por sus propios agresores.

7 Marcela Lagarde y de los Ríos, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (Ciudad de México: PUEG-UNAM, 2005).

Comparto experiencias desde hace muchos años en Argentina, tanto en políticas de género en espacios gubernamentales como en proyectos de cooperación, junto a equipos interdisciplinarios que incluyen profesionales de la salud mental, del trabajo social y del derecho. Y allí me encuentro con que tienen un pacto de sororidad las mujeres encarceladas, muchas con edades por debajo de los treinta años, que han aprendido que se tienen a sí mismas y entre sí. Entre ellas y entre rejas y entre paredes, cantan, tejen, pintan, sueñan y se preguntan qué mundo les espera cuando se cumplan sus sentencias y salgan. Le cantan a la libertad y a la vida, le cantan al amor, a sus hijos, y a veces cantan buscando que la justicia las alcance.

Entre ellas y otras víctimas, puede que mi canto se transforme en otra cosa, en herramienta, y que mi voz amortigüe pesares y sea puente entre historias de mujeres a las que la desigualdad, la violencia y el desarraigo han empujado a habitar oscuros espacios de soledad. Desde el repertorio testimonial que he elegido para cantar hasta mi trabajo en grupos de acompañamiento para el fortalecimiento de mujeres en situación de vulnerabilidad, tanto en mi país de origen como en México, tanto en las cárceles y los refugios como en los organismos indigenistas,⁸ todo forma parte de mi realidad personal y en todo voy descubriendo cómo en el despliegue de un sentimiento sororo y de comunidad puede abrazarse colectivamente un sueño tan profundo que hasta puedan atravesarse muros, rejas y medidas de seguridad.

En grupo, trabajamos e intentamos llegar a ellas, para escuchar sus palabras. Las de cada una: habladas, gritadas y cantadas. Suele pasar que el silencio ocupe un lugar para decirnos muchas cosas. La propuesta siempre es construir, compartir un solo canto, que nos abrace, que nos represente y que nos iguale. Desde los más íntimos, oscuros y antiguos silencios hasta intentar drenar desorganizados llantos. Todo puede formar parte de un canto que nos identifique, nos conmueva y nos represente, aunque esté lejos de aquellos cantos escritos a partir de la poesía.

Ellas, éstas, nosotras cantamos igual con un canto que se asemeja al de otros siglos, con un cansancio en la piel y en la voz, con los cuerpos y las cuerpos dolidas y castigadas; asustadas, ensimismadas, mutiladas, a veces silenciadas por la opresión y la desesperanza.

8 Colaboro con la Red Nacional de Refugios (RNR) y el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI), ambos en Ciudad de México, y el Centro Estatal de Lenguas, Arte y Literatura Indígenas (CELALI), en Chiapas.

Muchas fácilmente dicen y otras, tímidas, escuchan, pero las palabras vuelan traspasando los muros, que les recuerdan e insisten en recordarles que son las víctimas. Sus voces se elevan y denuncian un más allá que las ignora y las olvida. Y les vuelven a cantar a los amores, a esos hijos que no pudieron ahijar, a las libertades, a lo que quisieron ser, a lo que dejaron afuera, a lo que perdieron al entrar, a lo que le temen al salir, a lo que todavía sueñan. Y tanto me enseñan...

La pandemia, como seguramente imaginan, reforzó el grosor de las paredes y aisló más de la cuenta algunas historias. Privadas doblemente de lazos más allá de sus antiguas privaciones, esos espacios no elegidos las impulsan directamente a ocuparlos. Allí, ellas dicen y son invitadas a cantar. Y yo allí con ellas, intentando decirles y compartirles mi manera de trabajar, lo más mío que tengo: mi música. Y este nudo que ahora mismo se me hace en la garganta mientras escribo porque me faltan las palabras y porque me aborda una inmensa emoción es el nudo que ellas me cuentan que sienten cuando les pido que hagan el esfuerzo por cantar. Como si pudiese dejarse de lado lo que anuda y oprime, lo que falta y acosa como presencia o ausencia. Y, aun así, conmocionadas, angustiadas, desesperadas, cantan, cantamos.

Sucede que nos abrazamos en una manera arcaica de consolarnos, rescatarnos y arrullarnos cual canción de cuna. Con otra forma, con otro texto, con otro margen de metáforas, las mujeres alzamos la voz y entrelazamos los sueños, hacemos ruido, ocupamos espacio, como las chamanas y las brujas de la historia. La música es el lenguaje más común que encontramos para sanar, para crear, para amar, para compartir construyendo, siendo y formando parte de un colectivo mayor que hoy nos abraza como nunca antes.

Agradezco a la académica, cantante y productora Araceli Matus, por aceptar revisar mi ensayo y aportar sus sugerencias. A la psicóloga y cantante Mariana Pedrocco, por alentarme y guiarme en el camino de las subjetividades. A la académica Melissa Fernández Chagoya, por convocarme a participar en este libro.